

La otra *España vacía* de Luis Landero, un viaje de ida y vuelta

DOLORES THION SORIANO-MOLLA

(*Université de Pau et des Pays de l'Adour*)

Résumé: Luis Landero contribue à la délocalisation géographique de la Castille comme symbole de l'identité espagnole. Dans ses œuvres, l'Estrémadure natale est un référent vital pour des raisons multiples. Participant aux mouvements migratoires des années 50 en Espagne, la famille Landero avait quitté l'espace rural pour vivre à Madrid, symbole du progrès et de la Modernité. Mais ce voyage n'a jamais été sans retour, bien au contraire. À travers ses textes, notamment autobiographiques, Landero revisite une Estrémadure de plus en plus vide et solitaire. Elle incarne, malgré tout, son espace vital, celui de l'idylle et de l'enfance, celui de la sagesse et des traditions populaires, mais aussi, celui des paysans anonymes qui ont contribué, avec leurs efforts muets, au progrès de l'Espagne.

Mots clefs : Luis Landero, Espagne vide, Extremadura, Autobiographie, Ruralité, Paysage, Nature, Arcadiz, Idylle, Culture orale, « intrahistoria ».

Abstract: Luis Landero contributes to the geographical relocation of Castile as a symbol of Spanish identity. In his literary works, the native Extremadure is a vital referent for many reasons. Participating in the migratory movements of the 1950s in Spain, the Landero family had left rural areas to live in Madrid, a symbol of progress and modernity. But, this trip has never been without return, on the contrary. Through his texts, particularly autobiographical, Landero revisits an increasingly empty and solitary Extremadura. Despite everything, it embodies, its vital space, that of idyll and childhood, that of wisdom and popular traditions, but also, that of the anonymous peasants who contributed, with their silent efforts, to the progress of Spain.

Key words: Luis Landero, Empty España, Extremadura, Autobiography, Rurality, Landscape, Nature, Arcadie, Idyll, oral culture, inner-history.

Desde que salió a luz el ensayo de Sergio del Molino sobre la España vacía en 2016¹, el tema sobre España de sus casuísticas y sus identidades ha recobrado notable actualidad. No se trata, sin embargo, ni de una novedad ni de un epifenómeno. Existe una importante tradición sobre el redescubrimiento reflexivo y crítico del territorio y del espacio natural desde los pensamientos ilustrado y romántico, y no sólo por sus intereses científicos, como ponen de manifiesto el *Diario* de Jovellanos, las *Cartas Marruecas* de Cadalso o los artículos de Larra. Ellos ya quisieron consignar un sentido moral, histórico, económico y político a sus análisis que contribuyese a la consecución de sus proyectos reformistas y que estimulase la definición de una identidad y una concepción de la Nación. Con ello se fue potenciando la caracterización del territorio como paisaje. Si al principio se le buscó el alma, con el desarrollo de las ciencias geológicas, sociales y psicológicas se acabó considerando el paisaje como espejo del alma. Este fue parte del legado que recibió la Institución Libre de Enseñanza y los intelectuales y artistas

¹ Sergio del MOLINO, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Ediciones Turner, 2016.

de su órbita hasta las primeras décadas del siglo XX. Estos elementos del pensamiento y de la cultura de la Modernidad fueron hábilmente recuperados por el Franquismo, quien supo manipular las percepciones y los significados.

Los espacios rurales castellanos que el Fin de Siglo² erigió en imagen y en símbolo de la identidad cultural e histórica significaron la «España buena» frente a la «España mala» de la Guerra Civil, como decía Manuel Vázquez Montalbán³. La «España buena», la castellana, estaba ligada a la verdad oficial y encarnaba la auténtica verdad y la esencialidad nacional. Frente a Madrid como centro cultural, al protagonismo de Castilla como esencia y tesoro de patrimonio cultural por excelencia del Franquismo, muchos escritores desde los 60 adquirieron conciencia del entorno inmediato y «de la posibilidad de modificarlo, de tener proyectos alternativos a esa toma de conciencia de realidad»⁴, por lo que descentralizaron las geografías literarias. Delibes logró, como decía Umbral, «desnoventayochizar» Castilla merced a su perspectiva antes sociológica que estética de una España que ya se había ido vaciando. Según explicaba Delibes:

Mi pupila, acomodada ya desde origen, no se ha dejado deslumbrar por los cielos altos y los horizontes lejanos de mi región, envolviéndolos en una piadosa ojeada contemplativa para recrearme luego, en blandas pinturas a la acuarela, sino que ha descendido, tal vez un poco demasiado abruptamente, al hombre para describir su marginación, su soledad, su pobreza y su deserción presentes. La estampa de Castilla desertizada, con sus aldeas en ruinas y los últimos habitantes como testigos de una cultura que irremisiblemente morirá con ellos, puesto que ya no quedan manos para tomar el relevo, es la que he intentado recoger en mi última novela *El diputado voto del señor Cayo*, como un lamento consciente de que se trata de una situación reversible⁵.

El protagonismo de Castilla como esencia y tesoro de patrimonio cultural por excelencia fue rechazado por muchos escritores desde los 60. Estos descentralizaron las geografías literarias y modificaron las elaboraciones figurativas e ideológicas del entorno inmediato. Las demás regiones fueron escenario de denuncias sociales y políticas, alentadas por el marxismo o simplemente por humanismo. Nuevos rebrotes aparecen también desde el alba del siglo XXI, como ponen de manifiesto el ensayo de Sergio del Molino y la literatura ahora llamada neo-rural. Ahora bien, no todos buscaron o buscan nuevos *Beatus Ille* ni *Locus amoenus*, ni tampoco

² Recordemos, no obstante, la voz disidente de Juan Ramón Jiménez. El poeta consideraba que la exaltación castellana era «diletantismo», de «eternismo casticista de mesón de segoviano, cofradía de la capa y otras necesidades tan cercanas al patio de Monipodio», en Juan Ramón JIMÉNEZ, *Guerra de España (1936-1953)*, Ed. a cargo de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 299.

³ Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN, «La mirada periférica», *Narrativa española (1950-1975). Del realismo a la renovación*, Actas del Congreso celebrado los días 7, 8 y 9 de noviembre de 2000, Jerez de la Frontera, 2000, p. 13.

⁴ *Ibid.*

⁵ Miguel DELIBES, *Castilla, lo castellano y los castellanos*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 14.

se basan en reivindicaciones políticas o identitarias; eso sí, todos a través de la historia expresan cierto malestar, cuando no profundas crisis por razones diversas y variadas en función de las trayectorias vitales, sus necesidades individuales y las relaciones de alteridad que entablan con el entorno natural. Esto es lo que ocurre con Luis Landero, quien en su obra reelabora su personal imagen de la España vacía, en realidad, una Extremadura vacía, la que conoció y que ahora, con sus personales circunstancias y su cronología, reivindica en sus novelas y ensayos con menor optimismo que el que Delibes preveía en la cita anterior.

En su larga trayectoria la literatura ha ido transmitiendo y conservando un acervo cultural de gran riqueza y todavía lo sigue haciendo pese a su cuestionada actualidad respecto de otras expresiones artísticas, aun cuando se piense, como Luis Landero, que «la opinión de los escritores ya no interesa. El escritor ha quedado descatalogado»⁶. Ensayos, relatos de viajes y novelas desde los 60 fueron acrisolando las oposiciones entre la moderna ciudad y el atrasado campo y ofrecieron testimonio de aquella España que se estaba vaciando, de la que también fue protagonista el entonces joven Landero:

-Deberíamos irnos de aquí. Los cuatro. Vender las tierras y la casa y huir para siempre de estas soledades.

Se le oyó respirar en la oscuridad, alentadas hondas y despaciosas que enseguida, cuando surgió en él otra idea, otras palabras, se hicieron cortas y anhelantes.

-Allí, en Madrid o en Barcelona, hay oportunidades para todos. ¿No has leído los periódicos? Cada cual elegirá su destino. Y hasta podríamos poner un negocio⁷.

Esta conversación fabulada es la que probablemente escuchara el escritor, si no a pies juntillas, probablemente en sus fundamentos y de boca de sus padres, cuando estos se decidieron, al igual que otros tantos españoles, a dejarlo todo para trasladarse a Madrid. Las grandes ciudades fueron entonces núcleos centrípetos, símbolos de modernización, de progreso y promesa de cambio social. Fueron verdaderos mitos para aquellos que vivían en provincias y en zonas rurales, como ya le hizo transmitir a su personaje Dacio Gil Monroy en *Juegos de la edad tardía* (1989) cuyos sueños de utopía ubica en la ciudad al igual que lo proyectaron los ilustrados. La ciudad era, en consecuencia, símbolo de lo posible y de lo realizable mientras que la provincia era ya para Dacio Gil un espacio vacío porque la vivía y sentía:

como un exilio, como un lugar atrasado, bárbaro, donde no llegan las ideas redentoras, las ideas emancipatorias de la modernidad. Es el espacio de los viejos tiempos y,

⁶ Luis LANDERO, «Entrevista de Laura Revuelta a Luis Landero: “Si te desbordas sentimentalmente, puedes resultar patético”», *ABC Cultural*, 22/09/2014.

⁷ Luis LANDERO, *Hoy, Júpiter*, Barcelona, Tusquets, 2012, p. 51.

simbólicamente, es también el espacio del fracaso, de la mediocridad, de la realidad gris y degradante frente a la brillantez liberadora de la utopía⁸.

Las novelas de Luis Landero son novelas de personaje y esa dialéctica entre la ciudad y el mundo rural suele, en mayor o menor grado, estar presente tanto desde la fantasía y el absurdo –*Caballeros de fortuna, El mágico aprendiz, Hoy, Júpiter*– como desde la autoficción –*El guitarrista, Entre líneas: el cuento o la vida, El balcón de invierno*–. Son novelas de iniciación y de aprendizaje. Sus personajes, principales o secundarios, creyeron o vivieron en esas dicotomías⁹, a imagen del escritor y de sus conocidos fuente de inspiración. ¿Cómo no soñar en salir de aquellos universos rurales de aislamiento, de soledad, y de autoabastecimiento como el de la familia Tejedor en *Caballeros de fortuna*?:

Los Tejedores vivían a unos tres kilómetros del pueblo, en una casita amarilla de pizarra y adobe con zócalos de azulete, con geranios y claveles en latas y pucheros y gallinas sueltos en la cocina, y un corral trasero con suelo de estiércol donde metían por la noche a los chivos, que eran unos cincuenta, y que cada mañana sacaban de pastoría a una tierra pequeña y pedregosa, y que por un naranjo imperial que había en la huerta le llamaban la Levantinita. Criaban además unos cerdos, una vaca torina y algunos pavos, y de eso malvivían¹⁰.

Este modelo de vida autárquica arriba descrito no es sino pura representación, y por lo tanto, su valor depende del significado que se atribuya a la perspectiva desde la que se observa. Porque para los Tejedor y para otros personajes que desfilan por las novelas de Landero, no todo fue siempre tan oscuro, ni tan negativo, ni tan pesimista. Volveremos sobre ello.

Luis Landero vivió en Albuquerque en los años 50. Procedía de una familia campesina que dividía su vida entre el campo y el pueblo para que los niños fuesen al colegio. Además, durante varios años, Landero estuvo varios años estudiando en un internado en Madrid. Desde temprano se enfrentó en ese ir y venir entre tres universos distintos, con mentalidades y modos de vida a los que se tuvo que ir adaptando constantemente. Según relataba, del campo al pueblo y de éste a la ciudad:

De Albuquerque a Madrid hay 400 kilómetros. El viaje duraba entonces unas diez horas en aquellos viejos trenes de carbón. Pero ese tiempo era engañoso, porque en realidad aquel era un viaje hacia el futuro. Uno salía del siglo XIX y, diez horas después, se encontraba de pronto en el siglo XX. Así que, como tantos otros, yo he tenido la

⁸ Miguel GARCÍA-POSADA, *Medios siglo de narrativa española (1951-2000), Cinco voces ante el arte de narrar*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2002, pp. 51-52.

⁹ Sobre estos aspectos consúltense los estudios de Luis BELTRÁN ALMERÍA, «Luis Landero en el País de Maricastaña», *Castilla: Estudios de literatura*, 17, 1992, pp. 33-48; «La estética de Luis Landero», *Cuadernos hispanoamericanos*, 532, 1994, pp. 130-133; y «El simbolismo de Luis Landero», en Andrés Suárez, I. y Rivas, A., *Luis Landero, Cuadernos de narrativa*, Neuchâtel, Madrid, Universidad de Neuchâtel, Arco Libros, 2013, pp. 81-98.

¹⁰ Luis LANDERO, *Caballeros de fortuna*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 23.

experiencia histórica de vivir un siglo en miniatura. Es decir, que pasamos casi de golpe de una mentalidad rural y campesina a una mentalidad urbana e industrial¹¹.

El escritor, que vivió confrontado desde muy joven a establecer relaciones de alteridad con varios otros, primero, entre su familia en el campo y entre la gente de Albuquerque, y de ella «los gordos» o casta de pudientes con quienes nada tenía que ver en aquella sociedad tan cerrada y jerarquizada pero a cuya clase aspiraba su padre que él perteneciese algún día. Después, tuvo que relacionarse también con los compañeros del internado de Madrid, y, a continuación, con los ciudadanos de la capital. Estos dos últimos le devolvían una imagen de sí mismo y de su ruralidad un tanto crítica dado el desfase al que alude en la cita. Esa otra España extremeña, la del campo y la de sus pueblos, desde donde él llegaba después de cada período de vacaciones escolares, ya prevalecían como signos diferenciadores su acento y sus maneras rústicas. La percepción de las diferencias respecto de las de la capital se iban perpetuando entre viaje y viaje. De hecho, en su madurez Landero suele rememorar los sentimientos de diferencia respecto de sus compañeros de colegio «con los que a mí no se me ocurría compararme porque eran ajenos a mi verdadero mundo»¹².

La singularidad de esa otra España vacía o rural de Landero y sus habitantes reside en el hecho de haber sido fruto de la política económica del Franquismo –víctima de la autarquía, del inmovilismo y de la falta de desarrollo en todos los sectores, del primario al terciario–, pero también de las fallidas e insuficientes reformas del Instituto Nacional de Colonización primero, y del Plan de Estabilización de Desarrollo en las zonas más pobres años después. Los desfases que Landero identificaba entre el de la finca aislada en el campo, la vida en los pueblos de provincias y la capital pueden considerarse como el testimonio personal de todo ello. Y, sin embargo, en esos desfases, entre el pleno campo, el mundo urbano rural y la capital no siempre los más desarrollados constituyeron un polo especial de atracción. De ese constante vaivén entre el campo, el pueblo y el colegio «sé que no era feliz sino que tenía frío»¹³, recordaba también Manuel Aguado –*alter ego* del escritor–, que le privó del calor del hogar, de los cuidados de su madre, de sus correrías con sus amigos; en suma, de una vida familiar. Y ello, aunque ni en su finca rural ni en su casa del pueblo hubiese ningún tipo de confort moderno, ni agua corriente, ni electricidad. Sin embargo, aquellos espacios extremeños eran la cuna de su infancia y dejaron una impronta fundamental para el posterior descubrimiento de nuevos horizontes y de la otra futura España, asimismo vacía.

¹¹ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, Badajoz, Editorial Regional de Extremadura, 2002, p. 103-105.

¹² Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, Barcelona, Tusquets, 2014, p. 220.

¹³ Luis LANDERO, *Entre líneas: el cuento o la vida*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 15.

El abandono definitivo de aquella otra España rural se produjo unos años después, pues era una idea que rondaba en la cabeza del padre de Luis Landero desde hacía unas décadas. No le faltó perspicacia, lo que fue definitivo para el curso de sus vidas posteriores. Como para tantos otros españoles procedentes de zonas apartadas, con la guerra realizaron el primer viaje de sus vidas y descubrieron que existían otros mundos y otros modos de vivir muy distintos de los suyos. Conocer otras realidades les hizo reflexionar sobre sus existencias y en ese viaje de ida y vuelta a las zonas más desarrolladas tomaron conciencia del mismo desfase que Landero conocería años más tarde, lo cual dejó huellas indelebles en sus modos de concebir la vida y perfilar el futuro de las suyas. Bajo la mirada posterior del novelista, eso fue lo único que la guerra civil, que no fue su guerra –de hecho, acabaron luchando en ambos bandos– les enseñó.

Cuando el padre de Luis Landero volvió de la guerra, vislumbró la posibilidad de vender todas sus tierras y de establecer un negocio de taxis en Madrid. Con dicho proyecto alimentaba esperanzas de cambio y de progreso, cifrado este en las oportunidades –y no solo materiales– que la urbe moderna les podía ofrecer a todos ellos, en particular a sus hijos, para que, a diferencia de él, llegasen a tener una profesión y pudiesen llegar a ser «gente fina»¹⁴.

El ambicionado éxodo a la ciudad dividió a las distintas generaciones en las familias. «Y vámonos todos para allá, no sea tonto», le insistía el padre al abuelo Luis con el fin de convencerlo, pero su visión del mundo era más ancestral e inmovilista, y creía «que la tierra era sagrada y que vender era pecado»¹⁵. No era esta una concepción de la tierra, patrimonio y fuente de vida, una idea exclusiva del abuelo de Landero; era una creencia compartida por los campesinos de todas las regiones de España hasta el *boom* inmobiliario de la Democracia. Ya antes, con el desarrollo de la industria, del turismo, de la modernización de la agricultura y la creación de nuevas infraestructuras –como la célebre política de pantanos– habían empezado a cambiar la fisonomía de España. Más tarde, dicho proceso se aceleró, como bien se sabe, con el denominado *boom*. Las tierras de cultivo en los alrededores de pueblos y ciudades y en parajes naturales fueron transformadas en supuestos paraísos turísticos para extranjeros –sobre todo en masificadas jaulas turísticas– y, luego, en campos de golf, en toda la geografía nacional.

Con «la desbandada de la emigración»¹⁶, los Landero llegaron a Madrid en octubre de los 60, a un piso del nuevo barrio de Prosperidad, hecho al que el novelista da vida literaria en sus obras. Los comportamientos se presentan como reflejos porque los Landero, al igual que la mayoría de los españoles del Sur, se llevaron con ellos su mundo rural pensando inocentemente

¹⁴ Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, *op. cit.*, p. 131.

¹⁵ *Ibid.*, p. 132.

¹⁶ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, *op. cit.*, p. 49.

que era extrapolable y que en nada había de cambiar su manera de ser. Acostumbrados a una economía doméstica prácticamente autosuficiente, se trasladaron con sus animales, plantas y enseres campesinos. Gracias a ellos conservaban además sus referentes en ese nuevo universo de la ciudad por el que anduvieron desorientados hasta lograr adaptarse. Con humor el novelista recordaba, ya en la madurez, la lista de cachivaches con los que viajaron, «además del gato, y seis gallinas y un gallo con el que formamos un gallinero en la terraza para estupor y escándalo del vecindario»¹⁷. Al margen de lo anecdótico, cabe destacar que se fueron con su propia lengua y sus modos de comunicar: «nuestro acento rústico y con nuestras palabras»¹⁸. Y al igual que en todo proceso de migración, los fueron abandonando al conversar con los demás para favorecer la integración en la sociedad de acogida, si bien no los olvidaron y los siguieron usando entre ellos. Preservaron vocabulario y expresiones que se fueron haciendo antiguas en aquel espacio extraño, a modo de variante diglósica del castellano y distintiva seña de identidad.

En el caso de la familia Landero, lo que perseguía el padre era que sus hijos eligiesen «su destino» y que tuviesen acceso a la educación «para llegar lejos»¹⁹, ya que ser jornalero o «destripaterrones» en el campo del sur de la España era «llevar una vida infrahumana»²⁰. El estudio era a la sazón principal vía de ascensión social. En los años 50, en el campesinado «el acceso a la escritura letrada, a la escritura era para pocos y se veneraba como si fuese sagrada»²¹, lo que es muestra del inmovilismo y tradicionalismo ancestral que pervivían en aquellas sociedades cerradas. De hecho, en *El balcón de invierno*, la autobiografía novelada de Landero, este nos hace saber que:

En mi familia no había nadie con estudios, ni siquiera el bachiller elemental. Unos habían ido a la escuela el tiempo justo para aprender a leer, a escribir y a hacer las cuentas. Algunos eran analfabetos. Otros habían aprendido algo, pero por falta de práctica habían olvidado lo poco que sabían. Había, por ejemplo, quien sabía leer, pero no escribir. Tampoco ninguno, que yo sepa, que hubiese visto el mar, a excepción de mi padre, que durante la guerra lo vio en Barcelona, por primera y última vez. Tampoco ninguno había viajado, salvo por el servicio militar. Nadie tuvo nunca coche, ni moto, ni bicicleta; solo burros, mulas, yeguas y caballos. Nadie había estado nunca en un restaurante o en un hotel. Por saber, ninguno sabía ni siquiera nadar²².

Por ello, desde las provincias y el campo se idealizaba la vida en la capital. Los desfases entre los modos de vida rurales y urbanos pervivían desde principios de siglo y con sus fuertes contrastes fueron generando la visión peyorativa de una España provinciana, cada vez más

¹⁷ Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, op. cit., p. 228.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., pp. 50-51.

²¹ *Ibid.*, p. 52.

²² Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, op. cit., p. 47.

vacía; y por asimilación, de sus habitantes rudos y zafios. Tal vez porque los tiempos fueron «sombrios, tiempos brutos, de infamia y de ignorancia»²³, para ellos –y otros millares de españoles–, también pervivió el estereotipo negativo de la emigración, sintetizada en las antiguas fotografías por las tristes despedidas, por el desarraigo y las típicas «maletas de cartón piedra amarradas con cuerdas, los trenes de carbón, las caras de miedo de los niños»²⁴. Empero, como puntualiza Landero, «apenas se menciona lo que aquella desbandada tuvo de alegre y de liberador»²⁵. De las conversaciones con su madre y al hilo de los recuerdos, el novelista desmontaba las representaciones que de ellos nos han sido legadas. Destacaba, un tanto a contracorriente, la férrea voluntad y el optimismo de estas gentes nada dispuestas:

a dejarse derrotar por los tiempos. Venían de la servidumbre del secano y la mula y ahora se abría ante ellos un nuevo mundo cargado de promesas. Casi todos eran jóvenes, alegres, con muchas ganas de trabajar y de vivir y muchas cuentas pendientes que ajustar, y no había domingo que no compusiéramos un grupo festivo y bullanguero para ir a disfrutar de la modernidad recién conquistada²⁶.

Fueron tiempos, por lo tanto, únicos, «irrepetibles y mágicos», simplemente porque «íbamos de lo peor a lo mejor, y eso le gusta a todo el mundo. Así es la vida»²⁷, puntualizaba la madre del escritor, quien supo adaptarse y trabajó infatigablemente de tejedora y costurera para sacar a su familia adelante. Si bien nunca rompieron los lazos con su tierra y sus gentes, al contrario, a estas siempre le abrieron sus puertas, sus espacios natales y sus modos de vida fueron quedando poco a poco en el olvido, congelados en estampas al margen del tiempo, convertidos en recuerdos, en sentimientos, en memoria.

Y el fiel de la balanza fue orientándose de modo distinto según sus necesidades vitales a lo largo de su trayectoria. La inmersión en la capital tampoco fue fácil. Nunca se deja de perder la identidad inicial, más aún, en los nuevos e improvisados barrios periféricos en los que se fueron concentrando los recién llegados –«macarrillas» como él–. Eran inhóspitos espacios que él subjetiva para decir sinestésicamente la pobreza, lo artificial y la fealdad:

Olía a gaseosa, a cerveza y a vino a granel, a boquerones en vinagre, a gente abrigada y acatarrada, a carbonerías y a vaquerías, a zaguanes y a orines de gato, a pobres hervores de cocina, a caramelos medicinales, a ambientador barato de cine, a colillas muy chupeteadas y apuradas y a tabaco rubio americano, a los cables eléctricos recalentados

²³ *Ibid.*, p. 140.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

de los tranvías y a gasolina mal quemada, a todo eso olería en aquella noche de verano de hace ya tantos años²⁸.

Su barrio, conocido precisamente con el simbólico apelativo de la Prosperidad, estaba naciendo en unos descampados, en los que pastaban rebaños de ovejas. Allí fueron creciendo edificios aislados, entre algunas casas «pequeñas y pueblerinas, merenderos emparrados y el juego de la rana en la puerta, descampados, montones de basura y ripio, terraplenes, campos de fútbol de tierra, cuevas donde vivían familias de gitanos»²⁹.

Los Landero, siguiendo las costumbres de los emigrantes, solían regresar al campo y al pueblo, recibían y hospedaban a los conocidos que de allí llegaban y nunca cortaron los lazos con su tierra. Es más, una de sus hermanas regresó al casarse a su casa del campo y a sus rústicos modos de vida autosuficiente. Ahora bien, lo curioso es que aquellos jóvenes hijos de campesinos se singularizaron por haber aprendido a tener dos patrias:

Nosotros, los hijos de campesinos, sobre todo, somos los últimos eslabones de una cadena que se ha roto irreparablemente. Porque nosotros pertenecemos ya a otro *tipo de* mentalidad, mestizaje de campo y de ciudad y para nuestros hijos (urbanitas puros), la cultura campesina es algo remoto e ilegible³⁰.

Dicho mestizaje condicionó el modo de identificarse con el mundo del que se fueron, pero al que nunca dejaron de pertenecer, y con aquel al que llegaron del que tampoco procedían. Si hasta entonces no había sabido si él y su familia eran «del pueblo o del campo, ahora tampoco tenía claro si pertenecías al pueblo o a la capital»³¹ y solo la imaginación le ayudaba a encontrar sentido en su quebradiza y caótica realidad. Con el tiempo, esa realidad se fue polarizando más en cada uno de los viajes, cortos, pero siempre de vuelta, que el escritor fue realizando hasta su vida adulta, semejantes a los que de pequeño efectuaba del pueblo a la finca de Valdeborrachos. Si «hasta entonces el paisaje había sido monótono y callado», al llegar a la finca «se hacía expresivo y locuaz y tenía muchas cosas que contar»³².

En la realidad literaria del propio Landero, el retorno al campo extremeño se desdobra según sus modos de mirar, todos ellos tamizados por la memoria del escritor tardío y de su condición de emigrado. Inevitablemente, ese modo de mirar –testimonial, autobiográfico o ficcional– queda condicionado por el paso del tiempo, por aquella España del antes y después de las doradas promesas de un progreso modernizador. El carácter solitario y deshabitado de

²⁸ *Ibid.*, p. 57-58.

²⁹ *Ibid.*, p. 31.

³⁰ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra, op. cit.*, p. 107.

³¹ Luis LANDERO, *El balcón de invierno, op.cit.*, p. 77.

³² *Ibid.*, p. 154.

parte de España es el primer resultado de la emigración y es lo que de entrada subraya al observar el espacio físico de aquellos casas y huertas, hoy casi en ruinas, de aquellos campos con «muchas sendas que hoy se han borrado, como un signo de la soledad que aflige a estos lugares»³³. El escritor se detiene en puntuales evocaciones pasadistas para poner de manifiesto que aquellos espacios eran antes vivos, como el de la frontera entre Extremadura y Portugal, que hervía de gente buscándose la vida en aquellos años de miseria. Había curanderos, zahoríes, buhoneros, acordeonistas, esquiladores, segadores, espigadoras entre tantos otros oficios ya hoy desaparecidos. Según constata Landero:

Hoy estos lugares son apenas una sombra de entonces. Uno recuerda el bullicio y la vitalidad de aquellos años unidos inevitablemente a los tonos sombríos propios de la época. Estos campos han sido el escenario de historias que no habrán de contarse nunca, y de las que sólo queda algún recuerdo desvanecido, casi irreal de tan lejano³⁴.

Más emblemática resulta tal vez la anécdota autobiográfica que Landero relata del día en que acompañó a su madre a la finca de Los Barros, en la que ella había pasado su infancia. Había sido una finca arrendada. Su abandono es testimonio del abandono de la agricultura por parte de los grandes propietarios en estas zonas de España. Pese a su longitud, merece la pena ceder la palabra al narrador que nos cuenta con sencillez aquel regreso a unos lugares que su madre no había visto desde hacía más de cincuenta años:

Era primavera. Nos metimos con el coche por un largo camino de tierra. A ambos lados, grandes llanos incultos colmados de hierba y de flores. A nuestro paso, salían volando alegres bandadas de jilgueros.
¿Es por aquí?
Sí, por aquí.
Entonces, ¿ya estamos en Los Barros?
Sí. Todo lo que se ve aquí estaba sembrado de trigo y de avena.
No se veía a nadie, ni siquiera un animal.
¿También entonces era así?
No, qué va. Entonces había gente por todos lados. Pero ahora ya nadie quiere trabajar ni vivir en el campo. [...]
Métete a la izquierda.
Pero si no hay camino.
Porque se ha borrado. Pero tú tira por ahí y enseguida, detrás del alto, están las casas. Y sí, allí estaban las casas, ya muy estropeadas, sin hojas ni marcos en las ventanas y en las puertas, los muros agrietados, los tejados rotos y vencidos, que ahora servían de refugio a los animales.
Me fue señalando dónde vivía cada familia, el horno común, del solo quedaba la horma, el sitio donde estaba el chozo en que aprendió a leer y a escribir, el lugar donde

³³ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 119.

³⁴ *Ibid.*, p. 125-126

organizaban los bailes y donde un día todos se vistieron con trajes de papel, la cuadra donde dormía la yegua blanca que a ella tanto le gustaba montar³⁵.

A primera vista, poco tiene que ver esa España fragmentada, la rural del siglo XX, yerma, anquilosada en el tiempo y símbolo de atraso y de miseria desde la segunda revolución industrial, con la del *Fin de Siglo*, que se suele proponer como referente al abordar las cuestiones de la identidad, de las crisis y del problema de España y, ello, no solo por cuestión de diferencias estéticas. El esencialismo que caracteriza a esta última se descubre en la fusión del individuo con el paisaje, tal y como ya había propuesto el romántico Étienne Pivert de Senancour en su novela *Oberman* (1804). A ella volvió reiteradamente Unamuno para revelar la fusión simbiótica entre lenguaje y paisaje, que él gustaba asociar a través del sentido del oído, de los sentimientos que la música despierta y de las meditaciones que suscita. «El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje»³⁶, escribía Unamuno al tiempo que meditaba escuchando las cantarinas aguas del Manzanares, a la vez que recurría a la subjetividad y a las profundidades del subconsciente. A juicio de Unamuno:

Son los paisajes como la música, que nos lleva al país de los sueños informes, de las ideas inefables, de las representaciones incorpóreas, donde se alza del lecho del alma en extraño concierto de ideas olvidadas y de sentimientos adormecidos, todo el riquísimo mundo subconsciente, de ordinario poderoso con el poder del silencio, mundo de trama tan complicada e infinita como el de la realidad, mundo que se despierta y se revela al hombre mostrándole los tesoros escondidos de su espíritu³⁷.

Luis Landero comparte con los escritores finiseculares la misma importancia de la subjetividad y de la imaginación de la que hablaba Unamuno, si bien las causas y los objetivos de su personal fusión con el espacio natural y rural no coinciden plenamente. Aunque en ambos casos se trate de una apropiación emotiva y literaria, una verdadera «colonización», obsérvese, de entrada, en la cita siguiente, que la mirada que el novelista propone no es una mirada contemplativa, *in situ* y de presente, sino que se ubica en el espacio de la memoria y de la retrospectión:

³⁵ Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, *op.cit.*, p. 205-206.

³⁶ Miguel de UNAMUNO, «Manzanares arriba, o las dos barajas» [1932], *Paisajes del alma, Obras Completas*, tomo II, ed. a cargo de Manuel García Blanco, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, p. 972. A estas indagaciones se suman asimismo las estéticas con el Simbolismo, como ya estudiamos en el caso de Emilia Pardo Bazán, de quien fue siempre íntimo amigo Miguel de Unamuno, en «Del alma del paisaje al paisaje del alma: Emilia Pardo Bazán en el paradigma simbolista», *La literatura de Emilia Pardo Bazán*, coord. por José Manuel González Herrán et alii, A Coruna, Real Academia Galega, 2009, p. 731-750.

³⁷ Miguel de UNAMUNO, «En Pagarazzi», *Eco de Bilbao*, 22 de octubre de 1893, recogido después en *Paisaje*, tomo I, ed. a cargo de Manuel García Blanco, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958. Citamos por la versión periodística original.

Una ciudad, un paisaje..., una tierra no está del todo acabada hasta que los pintores o los escritores la colonizan imaginativamente. Pasear por ellos entonces es un ejercicio de ficción donde las calles se convierten en ríos temporales, y uno cree ver que los ciudadanos de hoy conviven o se confunden con los fantasmas, no menos reales de ayer. Sin memoria, las ciudades, los paisajes, la tierra carecerían de alma y pasearíamos por ellos como sonámbulos en el libro de la actualidad. Porque es cierto que una tierra, ya se sabe, la conocemos más y mejor cuando la recordamos y la nostalgia y la memoria nos la devuelve en clave poética³⁸.

A juicio de Luis Landero, cuando la naturaleza se convierte en paisaje; o sea, en construcción o en proyección personal, es cuando se ha tomado conciencia de él y cuando se valora estéticamente. Ahora bien, el escritor extremeño se distingue de otros novelistas coetáneos como Julio Llamazares, Gustavo Martín Garzo o incluso de Luis Mateo Díez y de sus espacios de la fantasía por no ser un paisajista en el sentido tradicional del término, sino por utilizar breves apuntes del entorno como marco de realidad, como nota determinista o simbiótica con los personajes y sus circunstancias. Esos apuntes hacen las veces de referentes animados y de fuerzas activas; pero también son pozo de sabiduría vital y popular que el individuo, en contacto con el medio natural, puede lograr alcanzar. Tomemos como botón de muestra la escena en que Dámaso, en *Hoy Júpiter*, observa el agua del río para complacer a su padre; un agua, él deduce, que con su «ir y venir unía y anulaba todas las cosas. Como los zócalos o como el viento». Landero nos presenta con sencillez realidades existenciales –los tradicionales *locii* literarios– que el niño intuitivamente discurre porque la Naturaleza acrisola la eterna y sencilla sabiduría de la Humanidad:

El caudal bajaba encajonado entre paredes de tierra corroídas por las crecidas y las raíces de los árboles y él estaba en la orilla, sentado en el tronco, viendo pasar el agua y oyendo el hervor que hacía la corriente al entretejerse con las ramas bajas de una higuera. Debía de haber llovido por el norte porque el agua venía turbia, con sólo una delgada lámina de transparencia donde pululaban en suspensión partículas de tierra y piltrafas de limo, acaso traídas de lugares lejanos, de reinos extranjeros, aguas bebidas por gentes que hablaban otras lenguas, porque los caminos del agua debían de comunicarse entre ellos como los hilos de una red, los pozos, los cauces subterráneos, los secretos veneros, las lagunas, los regueros de lluvia, el mar que no había visto pero que se imaginaba muy bien porque en ningún sitio descansaba mejor la imaginación que en la visión del infinito³⁹.

Este es el tipo de paisaje, funcional, que interesa a Luis Landero⁴⁰. De hecho, él suele contar la anécdota sobre la primera vez que descubrió el paisaje literario en los textos estudiados

³⁸ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 134.

³⁹ Luis LANDERO, *Hoy Júpiter*, op. cit., p. 53.

⁴⁰ Porque es el personaje el que le interesa al novelista, la descripción del medio natural se sintetiza en breve nota con funciones muy diversas: para introducir elipsis en el transcurso de la diégesis, como marco de realidad en

en el colegio. Le llamó entonces la atención el hecho de que la aprehensión del espacio natural fuese tan distinta entre los lugareños y aquellos visitantes y viajeros forasteros. Ya apuntábamos al principio la relevancia de la condición y las circunstancias del observador sobre el objeto observado. En la madurez, el novelista comprendió que los campesinos «no saben lo que es la belleza campestre. Donde otros ven un paisaje, ellos solo ven un sembrado, una dehesa, un erial bueno para cabras, un cerro o un barbecho»⁴¹. El vivir inmersos en la naturaleza crea en ellos relaciones de dependencia y de dominación porque la naturaleza se percibe por su materialidad y potencialidad, como fuente principal de subsistencia, lo cual tiende a anular la contemplación puramente emocional y filosófica. Ahora bien, en el caso de Landero, dada su personal trayectoria y su importante capacidad de autorreflexión, la distancia y la ausencia impulsaron el nacimiento de una nueva relación con el campo y el pueblo de su infancia, en especial, con el primero.

La percepción del campo extremeño que Landero desarrolló es por lo tanto muy íntima, en particular, en sus textos más autobiográficos. Guarda relación muy estrecha con esos años de vida en el campo, en el pueblo de Alburquerque o en sus alrededores frente a su vida en Madrid, con las experiencias de la infancia frente a las de la juventud, y en buena parte, con sus complejas relaciones con su padre, con la memoria y con el sentido de nuestras existencias y de nuestra condición humana como ya recreaba en la ficción con el personaje de Dámaso. En *El balcón de invierno*, el agua reaparece para trasladarlo a aquel mismo entorno rural en el que hizo crecer a muchos de sus personajes:

¿Dónde está la vida?, se pregunta uno entonces. Era una lluvia mansa y otoñal y yo veía las gotas engordar y desprenderse una a una de las hojas empapadas de la acacia, y cada vez que la hoja se liberaba del peso de una gota, daba hacia arriba un pequeño respingo y otra vez a empezar, y en eso le pasé casi toda la tarde en oír llover y en ver las gotas que se formaban y caían. Por un momento se me vinieron a la memoria los días de lluvia de mi infancia, cuando toda la familia se quedaba callada, sobrecogida por aquel misterioso acontecer que era la lluvia cayendo y sonando en el campo⁴².

Al novelista solo la madurez le permitió desentrañar la que fue una enigmática clave y emprender de nuevo un viaje de regreso, físico o mediante el recuerdo, a sus orígenes. Ya adulto y desde la urbe, logró entender que su Extremadura natal podía ser incluso materia «poética» y

contrapunto con los pensamientos de sus criaturas, como mera estampa del recuerdo milenario en sintéticos croquis compuestos a bases de someras enumeraciones, o incluso como personaje activo del propio relato, fuerza telúrica, en ósmosis con el personaje, o al contrario, con efectos para instaurar distancia y excluir, o bien, por citar alguno más, como símbolo y referente, con sus elementos y ciclos de la vida.

⁴¹ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 134.

⁴² Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, op. cit., p. 111-112.

vital, y que bajo el filtro de la memoria, de la añoranza y de la escritura, podía recuperar su arcadia perdida. En su libro de recuerdos, *Esta es mi tierra*, lo confiesa así: «cuando emigramos a Madrid y pasaron los años, supe que era entonces, en la infancia, cuando vivía realmente en un país lejano, lleno de prodigios, sólo que yo no lo supe ver hasta que la memoria me devolvió aquellos recuerdos convertidos en poesía por la nostalgia»⁴³.

Con el retorno literario al campo extremeño, Landero nos traslada a los espacios del idilio y de la felicidad de los primeros años de vida, como ocurre con su personaje Dámaso, el niño que se sentía protegido en su entorno bucólico y con sus ritos familiares en *Hoy, Júpiter*:

En el verano se bañaban juntos en la alberca, pescaban con cestas y cribas en el regato cuando el cauce iba bajo, barbitos, bogas y bermejuelas, dormían en la era los días de la trilla, cogían almendras y hacían culebras de mazapán en Navidad, iban juntos a buscar cardillos, setas, espárragos, criadillas, a apañar aceitunas, a castrar colmenas, a cazar pájaros con red, a pescar ranas de noche con linternas, a buscar nidos, a lagartos, y entre toso hacían licor de moras y de guindas, o embotaban tomates y pimientos y confitaban frutas, y hasta el gato y los perros parecían participar de esos momentos que el trabajo en común hacía maravillosos⁴⁴.

Desde la distancia, Landero logra descifrar las claves de su memoria íntima y las que dan razón de ser, en parte, a su actividad creadora y, sobre todo, autobiográfica. «Acuérdate que vives en un país lejano»⁴⁵ se decía a sí mismo al regresar a su España interior, lejana en el tiempo y en el espacio, como las historias de la tradición oral y de los cuentos que le relataba su abuela Francisca, que era «analfabeta pero tenía gran sabiduría para el relato oral»⁴⁶:

Nos sentábamos en el corral, bajo un evónimo, en sillitas de paja, frente a frente, y ella entonces con sus palabras inauguraba un mundo maravilloso donde yo vivía embelesado durante el tiempo que durase el relato. Casi todos los cuentos empezaban diciendo: “Hace mucho tiempo en un país lejano”⁴⁷.

Aquella España que era espacio maravilloso, ya no Alburquerque sino Maricastañas; un espacio fantástico por estar distante, fuera del «allí»⁴⁸ y el ahora/entonces de su pueblo cuya temporalidad se nos escapa. De hecho, cuando el novelista volvió a visitar las ruinas de Los Barros con su madre, aquella realidad que él solo había conocido a través del relato oral había adquirido una nueva virtualidad, la de la imaginación como instancia creadora de otras realidades más vigorosas e impactantes con la que suplir el ocaso de aquellos modos de vida y

⁴³ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 71.

⁴⁴ Luis LANDERO, *Hoy, Júpiter*, op. cit., p. 32-33.

⁴⁵ Luis LANDERO, *Entre líneas: el cuento o la vida*, op. cit., p. 32.

⁴⁶ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 65.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 69.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 36.

de aquellas zonas de España. No por nada la escena dialogada que antes reproducíamos concluye en las siguientes reflexiones:

el encuentro con los vestigios de la realidad no alteró en absoluto las figuras que yo guardaba de siempre en la imaginación. Me pregunté si sus recuerdos tan lejanos, y tan usados durante tantos años, no habrían fundado ya su propio reino, con sus propias leyes, y si aquel espacio no le resultaría extraño, carente de emoción, ajeno casi a su pasado, a la que había sido la época más feliz de su vida. Nos fuimos, y ella no se volvió para mirar atrás⁴⁹.

Como describe el escritor extremeño, con los años, el viaje de regreso acabó convirtiéndose en un viaje de extrañamiento por «los vericuetos del tiempo» y con los «fantasmas del ayer», cada vez menos corpóreos y más imaginados. Él también era cada vez más ajeno y más forastero en unos espacios que se habían hecho lejanos, al margen del tiempo existencial e histórico, y en los que él a su vez empieza a sentirse extranjero, salvo cuando «cierro los ojos y los veo en el pasado»⁵⁰. En suma, cuando los habita desde la distancia de su memoria.

En la obra de Luis Landero la palabra se convierte en asidero, en huella, en testimonio y a la vez en fuente eterna de vida de aquello que ya está abocado al olvido. Por ello, restaurar el universo mítico de la Extremadura natal se convierte en una necesidad fundamental, animada también por la firme creencia en la urgencia de la preservación y transmisión de la cultura rural, de aquellas arcadias, de aquellos modos ancestrales de vida, de la sabiduría popular, de la memoria y de la tradición que fueron perdiendo todos aquellos españoles que emigraron a la ciudad. Lo grave, para el novelista, es que se está extinguiendo la cultura campesina, «una cultura milenaria, y a la vez indefensa, porque no está registrada en archivos y libros, sino encomendada a la memoria y a la transmisión oral»⁵¹.

Tampoco quiere olvidar Landero que aquella cultura campesina era también sumisa, subyugada a esquemas feudales y caciquiles que él rechaza por la falta de oportunidades y de expectativas de muchos españoles⁵². De ellos ensalza su capacidad de lucha para lograr una vida mejor. Por eso, el novelista confiesa a menudo que no puede contemplar el espacio rural «sin evocar el sudor de quienes araban con mulas, sembraban a mano, segaban con hoz [...]. Este es el paisaje, para mí, lleno de historia y de dolor»⁵³. Es en este aspecto en el que coincide con

⁴⁹ Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, op. cit., p. 206.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 242.

⁵¹ Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 105 y en *El balcón de invierno*, op. cit., p. 243.

⁵² Así lo describe Landero. Era una sociedad «fuertemente jerarquizada, con una gran conciencia de clase y con sus señoritos y sus caciques, y su misera tropa de plebeyos analfabetos que trabajan poco más de la comida y algo conservan aún de la vieja servidumbre feudal», en Luis LANDERO, *Esta es mi tierra*, op. cit., p. 49.

⁵³ *Ibid.*, p. 105.

los escritores que han realizado una interpretación histórica del paisaje. Cuando él contempla Albuquerque y sus campos piensa inevitablemente en su intrahistoria:

Ahora, cuando ves desde un alto, desde el castillo por ejemplo, aquellas tierras ya amansadas en un paisaje duro pero hermoso, te acuerdas de tu abuelo Luis, y de las muchas generaciones que con su empeño y su coraje, y casi siempre humilladas bajo el yugo de la servidumbre, dejaron allí su huella, su obra tan anónima y sobrehumana como la de los artesanos y peones que laboraron en la sombra para levantar la catedral. Una obra casi invisible para una mirada desatenta. Sí, ese es un paisaje hecho de tiempo, donde puede percibirse el poderoso latir de la historia, y algo del eco de otras historias más humildes que se perdieron y que ya nadie, nunca, contará⁵⁴.

Landero intenta resucitar a las gentes que en aquellos lugares moraron y en las condiciones de vida de tantos personajes anónimos. Ellos, a imagen de los miembros de su familia, fueron labradores que «civilizaron tierras bravías»⁵⁵, y, que con determinación, arrebataron a la naturaleza «siempre hostil»⁵⁶ sus espacios de vida y de autoabastecimiento. Al novelista le interesa valorar el valor de estos hombres y mujeres antes que promover denuncias de tipo sociopolítico, si bien estas afloran de manera muy puntual, como en la cita anterior, eclipsadas por lecturas de tinte antropológico y humanista.

En conclusión, Luis Landero renueva la tradicional exploración del entorno y del paisaje en la literatura española al tomar como escenario su natal Extremadura. En sus textos explota con eficacia narrativa los espacios y componentes de su aquella otra España vacía de la que se fue con su familia de emigrantes, pero a la que siempre tuvo afectiva y culturalmente que volver desde la moderna y prometea ciudad. De las relaciones forzosamente en contraste que el emigrante establece entre el campo y la urbe no surge en la obra de Landero una visión maniquea del menosprecio de corte y alabanza de aldea, sino la alerta sobre las consecuencias del abandono y del olvido. La Extremadura de Landero es ahora un espacio deshabitado pero emotivo, el espacio de la memoria, para él del idilio de la infancia; un espacio que atesora el acerbo popular, la tradición oral y la cultura campesina que hay que preservar. El contacto con la naturaleza estimula en Landero y sus personajes una visión del mundo, una interpretación del sentido de la vida, una memoria afectiva y un conocimiento subjetivo que ayuda a comprenderse.

⁵⁴ Luis LANDERO, *El balcón de invierno*, *op. cit.*, p. 51-52.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 49.

⁵⁶ *Ibid.*

En su aprehensión de los espacios y paisajes, pese a su sensibilidad por lo sencillo, por lo humano y por la intrahistoria, el novelista se distancia voluntariamente de contextualizaciones y denuncias que puedan estéticamente relacionar sus creaciones con cualquier ideología o con el Realismo social, simplemente, porque aquella otra España rural, más rememorada que observada, constituye su personal arcadia vital⁵⁷. Si forman parte de nuestros orígenes, a ellas, lo seres humanos siempre necesitamos regresar.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 57-58.